

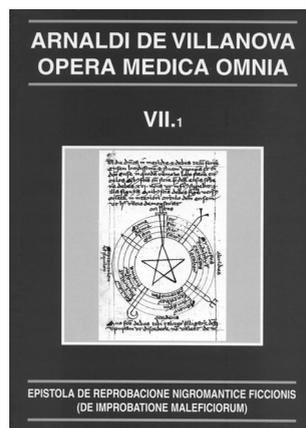
LIBROS

RESEÑAS

Epistola de reprobacione nigromantice fictionis (De improbatione maleficiorum).
Arnaldi de Villanova Opera Medica Omnia, VII.1. Edición y comentarios de Se-
bastià Giralt. Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona, 2005.

Comenzaré excusándome por la osadía de informar acerca de una obra de tema en el que soy absolutamente lego. Probablemente quienes me han pedido que lo haga han pensado, y con razón, que los especialistas en la materia, sin duda no muy numerosos, no necesitan introducción alguna, y que son los lectores como yo quienes puedan beneficiarse de una información como la que, con mi limitado conocimiento del tema, puedo dar. Desde esta perspectiva comenzaré señalando que sólo los medievalistas son capaces de dedicar 217 páginas a analizar un texto de apenas 15; y digo «apenas» porque más de la mitad de ellas las ocupan notas al pie. Afortunadamente es así, pues lo que en los textos originales de aquella extensa época se recoge nos resulta remoto, cuando no ajeno, y el esfuerzo de explicación merece ser llevado hasta sus últimas consecuencias. El mero intento de establecer la autoría del texto —en este caso de la carta— e incluso de su destinatario ha obligado no sólo al editor, sino también a sus predecesores, a dedicar no poco esfuerzo investigador. Y éste es sólo el paso previo para introducirse en el texto, cuya comprensión exige además una adecuada contextualización, difícil, si no imposible de conseguir por el lector que no goce de una formación especializada en el campo del pensamiento medieval; pues si otros períodos de la historia, y de la historia de la ciencia, resultan a menudo accesibles, aunque con esfuerzo, al lector entrenado, no ocurre lo mismo con la Edad Media, como, sin ir más lejos, pone de relieve el análisis de la bibliografía realizado por Giralt en esta edición. Hay que decir que el encomiable esfuerzo del autor alcanza, desde luego, su objetivo, y con él la excelencia que caracteriza la edición de la *Opera Medica Omnia* de Arnau realizada por el CSIC.

El texto de Arnau, pese a su brevedad, resulta de notable interés por la materia tratada. Se ocupa nada menos que de establecer los límites entre lo permitido y lo prohibido en el trato con la naturaleza, entre las posibles verdades de la *magia naturalis* y las falsedades de la nigromancia. El análisis del texto arnaldiano, así como el de otros atribuidos razonablemente a su pluma, deja bien clara su posición, la propia de un hombre de ciencia, que llega incluso a aprovechar algunos de los remedios nigrománticos racionalizándolos —según los patrones en uso en su tiempo— y desvinculándolos, por tanto, de la coerción ejercida sobre presuntos principios espirituales —demonios—.

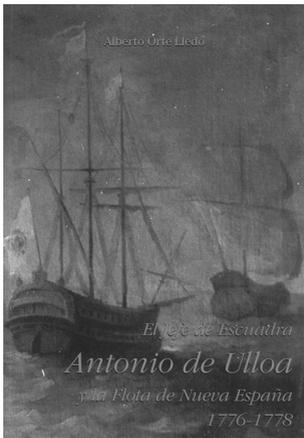


Aunque desde algún punto de vista pueda considerarse un escrito menor, en mi opinión constituye un interesante testimonio de esa época en la que, aunque a través de interpretaciones especiosas y cargadas de valores, el ser humano no era capaz de imaginarse desvinculado de la totalidad del cosmos, dando con ello espacio al inquietante juego de la *actio e distantia*.

He encontrado alguna dificultad al enfrentarme al texto del estudio crítico, escrito en lengua catalana, desde luego muy inferior a las que acostumbro encontrarme en mi trato casi diario con textos en alemán y, más esporádicamente, en inglés (con el francés, afortunadamente, no sufro demasiado). Ello me ha llevado a preguntarme si no representa una desventaja la publicación de esta obra en una lengua que sólo pocos lectores manejan con soltura. Probablemente lo sea desde el punto de vista de su impacto, pues ya lo es publicar en español, por más que sean muchos los millones de lectores potenciales de ese idioma. Pero sin embargo no puedo por menos de declararme encantado con la elección del autor, y no por mor de lo «políticamente correcto», que me parece una peste que, como otras, pasará, aunque no sin dejar tras de sí no pocas fosas comunes, sino por su voluntad de afirmación de una lengua vernácula, que tanto recuerda la actitud de los autores renacentistas frente al obligatorio latín de, por ejemplo, nuestro Arnaldo, o Arnau. En estos tiempos que corren de imperialismo cultural anglosajón, la actitud de Sebastiá Giralt sólo puede suscitar mi más caluroso acuerdo, y la comparto como respuesta —negativa, desde luego— a la propuesta no formulada de llevarnos a una nueva Edad Media que hablaría un «latín» sin declinaciones.

Luis MONTIEL

ORTE LLEDÓ, Alberto, *El Jefe de Escuadra Antonio de Ulloa y la Flota de Nueva España, 1776-1778*, Gijón, Fundación Alvargonzález, 2006, 170 pp.



El 8 de Mayo de 1776 salieron del puerto de Cádiz quince buques mercantes escoltados por dos navíos de guerra. Se dirigían a Veracruz y constituirían la que sería la última flota de Indias, pues tres meses después de su retorno, en Octubre de 1778, culminaba el proceso de liberalización del comercio americano con el Reglamento de Comercio Libre. La flota estaba al mando de Antonio de Ulloa, un marino ilustrado que dentro de la historia de la ciencia española no necesita presentación. Como, por otra parte, tampoco la necesita el sistema de flotas que, por razones monopolísticas y de seguridad, se estableció a mediados del siglo XVI para el tráfico con las posesiones americanas.

El libro de Alberto Orte aborda la organización, los derroteros y los resultados de esta flota, un estudio que presenta modestamente como un capítulo en la vida de marino de Ulloa. Podría constituir, así, una simple aportación más a la historia hispanoamericana en general, y a la biografía de Ulloa en particular, de no concurrir, tanto en el estudio como en su objeto, dos características especiales. La primera de ellas está constituida por las condiciones políticas que rodearon el viaje, las cuales llevaban a temer seriamente un ataque inglés, pese a que entonces España no se hallaba formalmente en guerra con Inglaterra, una situación que se materializaría a mediados de 1779. Esta circunstancia, unida a la importancia de los caudales que

la flota transportaría en el tornaviaje —casi 22 millones de pesos— motivaría que desde el Ministerio se prescribiese a Ulloa una ruta de retorno inusual y desacertada. Es preciso recordar aquí que, pese a su aparente uniformidad, los mares y los océanos tienen, para la navegación a vela, sus caminos, que vienen dictados por los patrones estacionales de vientos y corrientes. Separarse de estos caminos suele suponer una navegación dificultosa e incluso peligrosa, y esto es precisamente lo que le sucedió a la flota de Ulloa, que pretendía hacer un rápido viaje de retorno sin pérdidas de tiempo en escoltar a buques mercantes. Con todo, se invirtieron unos 164 días de navegación, una duración completamente fuera de lo usual.

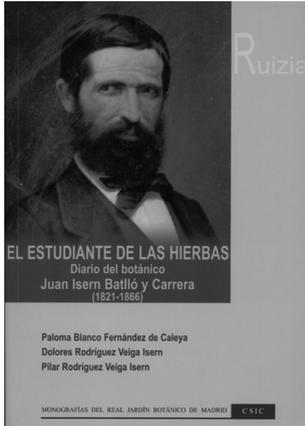
Éstos, por otra parte, son los datos que recogen las historias del tráfico marítimo con América, unas historias interesadas por los resultados globales. Como señaló Francisco de Solano (a cuya memoria el autor dedica el libro) precisamente en relación con esta flota en su biografía póstuma de Ulloa, la «microhistoria» de estos viajes suponía una cuestión pendiente. Esta cuestión es precisamente la que A. Orte ha zanjado, con experiencia y brillantez, como sólo un profesional de la Marina y un minucioso historiador podría hacerlo, en el caso de este viaje. Los distintos documentos recogidos, generosamente reproducidos en apéndices al final del libro, le han permitido seguir día a día, con los datos en la mano, las vicisitudes de la ruta efectivamente seguida, plasmándola, además, en forma gráfica. Aquí el único reparo al libro, que no al autor, es la pequeñez de algunas de estas ilustraciones, que han obligado a quien esto escribe —sin duda habrá quien tenga mejor vista— a servirse con efectividad de una lupa, algo que afortunadamente ha permitido la buena calidad de la impresión.

Esto en lo que respecta a la primera de las dos características que, como decía más arriba, hacen destacable el estudio. La segunda de estas características tiene que ver con el eclipse total de Sol que Ulloa, junto con algunos oficiales, tuvo la ocasión de observar el 24 de Junio de 1778 en las proximidades del cabo de San Vicente. Desde el punto de vista geográfico, el eclipse permitiría determinar mejor las longitudes de los lugares de observación; desde el astronómico, mejorar la difícil teoría de la Luna; y desde el físico, aumentar el conocimiento de la corona solar, que en la época se suponía vinculada a una presunta atmósfera lunar. Las condiciones e instrumentos con que se llevó a cabo la observación de Ulloa no permitieron resultados utilizables en los dos primeros casos arriba mencionados. Pero su minuciosa descripción de la corona y la extraordinaria circunstancia de la observación de un punto luminoso en la Luna dieron difusión a su trabajo en las Academias científicas europeas. El autor, que a su condición de profesional de la Marina une la de astrónomo de prestigio internacional —ha desempeñado, entre otros, el cargo de Director del Observatorio de Marina de San Fernando— lleva a cabo aquí, como cabría esperar, un estudio detenido y contextualizado.

Se trata, en definitiva, de un libro recomendable a todos los interesados en estos temas (es, por otra parte, conciso y claro), e imprescindible para quienes se ocupan de la historia de la navegación y de la astronomía españolas.

Manuel SELLÉS GARCÍA

BLANCO FERNÁNDEZ DE CALEYA, Paloma; RODRÍGUEZ VEIGA ISERN, Dolores; RODRÍGUEZ VEIGA ISERN, Pilar, *El estudiante de las hierbas. Dietario del botánico Juan Isern Batlló y Carrera (1821-1866)*, Madrid, Monografías del Real Jardín Botánico, CSIC, 2006, 731 pp.



Una difícil historia es la de la ciencia española. Siempre considerada inferior a las restantes occidentales, incluso sus grandes hitos han sido menospreciados o ignorados. Exceptuando algún afortunado personaje, como Santiago Ramón y Cajal, los restantes científicos españoles han sido poco estudiados. Los historiadores generales se han desinteresado, dando por seguro que a la cultura española le falta la ciencia, pero que tampoco es necesaria. Razón tienen, pues a los políticos, a la sociedad en general del pasado, poco les ha importado el saber. El hacer ciencia en España, ha sido sin duda llorar. Tampoco han comprendido nuestros dirigentes lo que es la ciencia, confundida con la palabrería, las celebraciones, o algunos buenos negocios. Los científicos —con la excepción de los médicos— tampoco se han interesado mucho en su pasado, obligados como estaban a mirar al extranjero cada vez que algo querían mejorar en las aulas o en los laboratorios.

La historia de las expediciones científicas es sin duda una de las más interesantes de nuestro pasado cultural. Las del período moderno, dirigidas a América, fueron de una enorme riqueza. Las comprendidas entre Hernández y Balmis —entre Felipe II y Carlos IV— abrieron al mundo un nuevo continente, cuyas riquezas cambiaron la ciencia europea. Más tarde, las protagonizadas por Humboldt y Darwin supusieron el comienzo de la ciencia contemporánea. Para nosotros, perdido el inmenso continente, parecía que la relación con el Nuevo Mundo estaba de forma definitiva cerrada. Pero de pronto, al empezar la segunda mitad del siglo XIX, una nueva expedición se pone en marcha. Una expedición —que José M^a. Jover hubiera comprendido entre las acciones románticas del mundo isabelino— heredera de las antiguas, pero renovada por completo. Se trata del intento de ponerse de nuevo al día por medio del descubrimiento de la naturaleza americana. Pero ahora nuestras instituciones son pobres, nuestra riqueza ya no existe y la débil nación se bambolea en un mundo de nuevos grandes imperios, como el francés que nos es vecino y más o menos amigo. Así la débil expedición, en manos de un marino malacólogo, pagó en los sufrimientos y muertes la arrogancia de un poder acabado.

Se trataba de un viaje militar, en que España quería de nuevo contar en el panorama político universal. A la sombra de Francia, se había participado en distintas acciones militares, también nuestros artistas y sabios se empapaban de la cultura gala. Francia había emprendido un nuevo intento de dominio imperial, a la vez que sus sabios recorrían el mundo —y muy intensamente el continente americano— para recuperar el pulso científico. Las peticiones de Louis Pasteur de que el país se dotase de armas culturales y científicas responden a este aliento. Entre nosotros, el gobierno de la Unión Liberal quiere resucitar el éxito de las expediciones del siglo XVIII. Ahora se mira hacia el Pacífico, se busca la unión con Francia. El imperio galo tras Napoleón, con el pequeño napoleón, quiere llevar al mundo colonial su empuje científico.

Se organiza así por el gobierno una expedición científica, que iría con la flota enviada al Perú. El director general de Instrucción Pública quiere conseguir nuevas riquezas para los museos, el saber y la enseñanza. Incluso se piensa en la aclimatación de especies, en los animales que podrían poblar un maravilloso zoológico como el que se quiere en Madrid. Gozando del apoyo militar, pero

sobre todo de la buena voluntad de las nuevas repúblicas americanas, se inicia una hermosísima aventura romántica. Es un momento de ingenuo panhispanismo. La reina apoya la aventura, entusiasmada quizás con el recuerdo de sus abuelos ilustres.

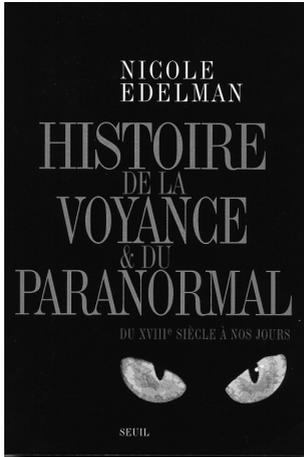
Se encarga a un joven grupo de ilusionados científicos, recoger material de las ricas tierras americanas, flora y fauna, así la marina. Una comisión consultiva dio detalladas instrucciones, insistiendo una vez más en la novedad científica y en la utilidad, se quieren cuidadosos herbarios. Así se llama la atención sobre la malacología y los insectos, con orientación hacia la biogeografía, la geografía botánica, la ecología. No se puede olvidar la astronomía, la hidrografía y la geografía siguiendo las instrucciones de la Academia de París; tampoco la antropología, siguiendo a la Sociedad de Broca. Es el tiempo de Humboldt, todavía no llega a nosotros Darwin. Se buscan también acuerdos con instituciones científicas de los nuevos países. También un fotógrafo dejaría una maravillosa colección de fotografías americanas, que recientemente ha sido restaurada por el CSIC.

La figura de Juan Isern Batlló y Carrera adquiere una gran relevancia como botánico de la expedición. Contó con el apoyo de Colmeiro y Graells y del Jardín Botánico madrileño, fue un entusiasta estudioso de la naturaleza, aconsejado por ilustres sabios extranjeros. Isern se despidió con tristeza de su familia, procurando tuviesen asegurada la subsistencia. Comienzan los retratos de grupo, que muestran bien la trágica evolución de la aventura. Las autoras han perseguido al expedicionario, siguiendo su origen, su partida, sus exploraciones y su amargo final. Con sus notas, han trazado un diario cuidadosamente imaginado, que nos hace ver sus emociones, sus hallazgos y sus legados. La riqueza de su contenido, podrá el lector apreciarlo.

Se comenzó el estudio y presentación de los materiales, que fueron luego olvidados. Alguna exposición en el Real Jardín Botánico ha mostrado los maravillosos logros de la aventura. La reina Isabel concede pensión a la familia, recordando las peticiones del botánico para que ésta no fuese desamparada. Se muestra un notable interés público por la ciencia, que no es habitual. Más tarde, la reina María Cristina concede honores a su hijo Enrique. Pero como siempre, el Jardín Botánico se vuelve a desinteresar por las relaciones americanas, por las maravillosas plantas heredadas de Mutis o Isern. Tan solo la benemérita figura de Agustín Barreiro se ocupó de su recuerdo, que José Cuatrecasas rescuita más tarde. Ahora, con su habitual sabiduría, Paloma Blanco ha estudiado y descrito el herbario, que se une a los estudios que sobre herbarios históricos se han hecho en esa institución. Tras el catálogo, se aportan listado de especies y de botánicos que han estudiado las plantas, fuentes y bibliografía e ilustraciones, además índices onomástico, de nombres comunes y topónimos. Su riqueza nos muestra la importancia de la presentación de este volumen. Es una labor paciente y difícil, pero precisa, pues nos presenta bien las maravillosas plantas que vinieron de las Américas, pero también la necesidad de honrar a quienes intentaron hacer ciencia en circunstancias muy difíciles. La paciencia y el cariño que las autoras han puesto en la preparación y escritura del libro lo convierten en una obra de enorme calidad. Se combina la biografía y el relato, con el estudio científico más riguroso de una de las actuaciones científicas más sobresalientes de nuestro siglo XIX. Pueden estar orgullosas quienes el libro firman de haber terminado una obra valiosa e importante, que por fin hará justicia a una heroica empresa.

José Luis PESET

EDELMAN, Nicola, *Histoire de la voyance et du paranormal du XVIIIe siècle à nos jours*. Paris, Ed. du Seuil, 2006, 285 pp.



El presente libro de Nicole Edelman está llamado a tener un éxito notable, pues a un intachable trabajo sobre las fuentes más variadas asocia una redacción pensada para un público no especializado. Así, la lectura resulta sencilla y gratificante, tanto para el lego en la materia como para el lector profesionalmente interesado en ella. Por otra parte, esta técnica narrativa se justifica aún más por el hecho de que esta «historia de la videncia y de lo paranormal» reposa parcialmente sobre una monografía anterior que no deja nada que desear desde el punto de vista de la metodología más académica, y que conviene citar aquí para general conocimiento: *Voyantes, guérisseuses et visionnaires en France 1785-1914* (Paris, Albin Michel, 1995). Dicho lo cual podemos adentrarnos en las propuestas del texto, adelantando que es imposible dar cuenta en el breve espacio de una reseña de la gran cantidad y calidad de la información que en él se suministra al lector.

En primer lugar hay que señalar, sin que esto constituya demérito alguno, que el título debería incluir dos palabras más: «en Francia»; pues si bien de tanto en tanto aparecen referencias a otros lugares, lo cierto es que el estudio se centra en la sociedad y la cultura francesas. Como ya he dicho, esto no constituye un inconveniente, sino más bien todo lo contrario: muchas son las obras que sucumben por pretender abarcar más de lo que razonablemente puede pretenderse. Y el panorama que este libro nos muestra es suficientemente vasto como para que el lector no necesite pedir más. A lo largo de sus casi trescientas páginas se sigue la pista sobre todo, pero no exclusivamente, a la cultura popular francesa de los dos últimos siglos respecto de todo tipo de creencias y sistemas no validados, en ocasiones perseguidos por la cultura oficial, y muy en concreto por la medicina. En este sentido, el estudio revela una muy estimable pretensión de exhaustividad, pues partiendo del magnetismo animal se ocupa del espiritismo, la videncia, la quiromancia y la astrología. En casi todos los casos la autora muestra cómo esta cultura popular, que fácilmente puede tacharse de supersticiosa, se apoyó hasta fechas relativamente recientes en una literatura pseudocientífica e incluso científica —por su procedencia: ejemplo, Charles Richet— aunque marginal y rechazada por quienes establecen los patrones de cientificidad. Desde esta perspectiva, el segundo capítulo, titulado *Croyance ou savoir?*, es, a mi parecer, uno de los más fecundos de la obra.

La autora no pasa por alto —y este es otro asunto que me interesa especialmente— la repercusión que estas «paraciencias» tuvieron en la creación artística del período estudiado. A este respecto, la referencia a los surrealistas, a quienes tradicionalmente se ha vinculado con el psicoanálisis, me parece especialmente valiosa. Aunque resulte de buen tono asociar el nombre de André Breton al de Sigmund Freud, no puede pasarse por alto que con la misma justicia puede vincularse con los de Allan Kardec, Victorien Sardou y Hélène Smith. Y para acercarnos aún más a nuestra propia realidad cotidiana, Edelman salpimenta su estudio con datos procedentes del cine y de la televisión, con referencias concretas a programas emitidos por la televisión francesa en los últimos años del siglo pasado en los que se pone de relieve la vigencia de una voluntad general de «otros mundos», preferentemente si están en éste.

El recorrido histórico de Nicole Edelman desemboca en una pregunta, la que da título al capítulo sexto y último: *Esprit, où es-tu?* Una pregunta que, de algún modo, da sentido —suponiendo que sea preciso— al conjunto de la obra, o más bien, al conjunto de los hechos que en ella se investi-

gan. La querencia popular por las explicaciones «mágicas» de la realidad, pero también los esfuerzos de no pocos hombres de ciencia por poner a prueba creencias e ideas sospechosas desde el punto de vista de la ortodoxia, cuando no francamente heterodoxas, sólo puede contextualizarse adecuadamente sobre el fondo de una ausencia que tal pregunta pone de relieve. No es casual que dicho capítulo comience con una referencia a las actuales investigaciones, desarrolladas en ámbitos académicos, en el campo de una disciplina reciente, la parapsicología, que no aniquila, sino que en parte suscita involuntariamente, la vigencia del «realismo fantástico» (Pauwels/Bergier, von Däniken...) que en alguna medida le es contemporáneo.

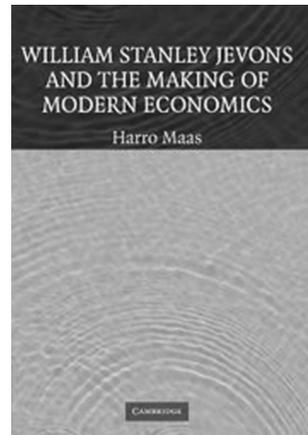
La posición de la autora ante el fenómeno que, bajo múltiples aspectos, ha estudiado, es clara: se trata «de un excelente exutorio para toda reflexión crítica sobre el mundo y sobre sí mismo. Siempre presente, siempre cambiante y siempre nuevo». Pero por eso mismo constituye «un verdadero objeto histórico». Yo diría aún más. Un objeto histórico de primer orden. Y en este libro ha quedado realizada una buena parte del trabajo.

Luis MONTIEL

HARRO MAAS, *William Stanley Jevons and the Making of Modern Economics*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, 330 pp.

La economía es una disciplina cuya Historia es tradicionalmente sensible a las disputas metodológicas —baste con pensar en manuales clásicos como los de Schumpeter o Blaug como ejemplo. Algo tuvieron que ver en ello las disputas acerca del propio estatuto de la economía como ciencia, pues cabía obtener un buen argumento a favor de la escuela neoclásica a partir de la convergencia que se produjo sobre su formulación matemática en el último cuarto del siglo XIX. Que autores de muy diverso origen y formación coincidieran en enunciar un mismo cálculo de utilidad para analizar las decisiones subjetivas debía probar algo sobre su veracidad (o, al menos sobre su potencia como programa de investigación, para decirlo con Blaug). No obstante, hace ya más de una década que esta convergencia paradigmática se viene interpretando no como prueba de la autonomía disciplinar de la economía, sino como ilustración de su dependencia respecto de otros saberes. El acierto de los primeros neoclásicos consistiría en servirse de una misma analogía con la mecánica newtoniana, y en su proceder no serían distintos de los propios físicos del XIX. Pero de ello no se siguen necesariamente consecuencias a favor o en contra de sus resultados: simplemente, se ilumina su contexto de descubrimiento. Aparecen, como veremos, otros dilemas.

El ensayo de Harro Maas que aquí comentamos sirve precisamente como ilustración de esta nueva manera de escribir la Historia de la economía como Historia general de la ciencia. Es decir, a la luz de intereses comunes a muy distintas disciplinas. Formalmente, por ejemplo, el amplio uso de archivos, la atención a temas tales como las representaciones visuales, instrumentación científica, etc. Y en cuanto a sus contenidos, se aprecia también aquí una voluntad de que el análisis se extienda allí donde vaya su objeto, sin atender a su demarcación disciplinar o al gusto de sus intérpre-



tes canónicos. William Stanley Jevons es un personaje que se presta a este tratamiento, y el éxito de Maas en la empresa se vio avalado recientemente (2006) por el premio que le concedió la History of Economics Society.

Jevons fue, en efecto, un personaje singular: tras cursar estudios de química, se interesó por materias tales como el estudio de las nubes, la lógica y la construcción de autómatas, la psicología fisiológica, la estadística y sus representaciones gráficas. Y esto por mencionar solamente los temas abordados en este ensayo —de la dimensión épica de Jevons, se ha ocupado, entre nosotros, Juan Urrutia. Y obsérvese que en este índice no aparece la economía, cuando el título del ensayo alude precisamente a *the making of modern economics*. En parte, el lector interesado en la contribución específicamente económica de Jevons dispone ya de otras monografías recientes (como las de Schabas o Peart). Lo que Maas reconstruye en su ensayo es su gestación extradisciplinar, en la que adquiere un sentido diríamos que sorprendente.

Suele objetarse contra la teoría de la utilidad marginal su carencia de contenido psicológico. Pues bien, este ensayo nos descubre en qué condiciones pudo adquirirlo cuando Jevons la enunció y lo que encontramos es un argumento filosófico sumamente complejo que Maas reconstruye desde sus fuentes. Por una parte, los experimentos del autor sobre la formación de nubes le introdujeron en el principio de que la imitación era un procedimiento de análisis perfectamente aceptable allí donde se carecía de acceso inmediato (cap.4). Por otro lado, pudo aplicar este principio al análisis de la mente a través sus estudios de lógica que le condujeron, de la mano de Babbage, a la construcción de autómatas (caps. 5 y 6). Esta inspiración mecanicista se proyectó sobre la psicología, al defender Jevons su reducción a la fisiología corporal (cap. 7). Desde esta perspectiva, la utilidad, como cálculo de placer y dolor, debía interpretarse como una aproximación funcional a los procesos cerebrales, como prolongación de las disputas de la época sobre el trabajo como inversión de energía física, al modo de las máquinas, por oposición a quienes defendía su carácter de realización espiritual (cap. 8). En otras palabras, el cálculo económico se apoyaba en lo que hoy calificaríamos como una posición eliminativista en filosofía de la mente, arraigada en la pasión de sus contemporáneos por las máquinas (de vapor, claro: el Jevons de Harro Maas es un perfecto ejemplo de *steampunk*).

Una segunda objeción no menos recurrente contra el paradigma neoclásico es su falta de contenido empírico. Y otro acierto de este ensayo es el de presentarnos el programa de Jevons dentro de las disputas sobre el inductivismo de la Inglaterra del XIX (cap. 3), a las que nuestro autor contribuye con sus trabajos sobre la normalización de datos estadísticos a efectos de su representación gráfica (cap. 9). El tema de la medición como clave en el progreso de la ciencia, y en particular de la economía, es uno de los motivos dominantes en la obra de Jevons, tal como Maas nos las presenta. De hecho, la división entre ciencias sociales y naturales queda disuelta, pues los procedimientos de medida se justifican de idéntica manera en ambas (la metáfora de la balanza es particularmente pregnante a este respecto: cap. 10).

Tenemos pues una reconstrucción de la obra de Jevons desde sus raíces culturales, cuyo mérito (dejando aparte el virtuosismo y erudición del análisis) radica en mostrarnos desde qué supuestos resultaba viable el programa marginalista en economía. Justamente aquellos cuya ausencia denunciaron después más encendidamente sus críticos. El dilema abierto entonces es qué ocurrió después de Jevons para que se eclipsaran los debates que justificaron este programa en su contexto de descubrimiento. Cabe sospechar que su resurgimiento hoy (a propósito de trabajos como los de Don Ross o Marcel Boumans) no es ajeno al ensayo del propio Maas. Sólo cabe reprocharle que no los abordase explícitamente, al menos en la conclusión. Muchos pensarán que quizá así estropease un magnífico ejercicio de Historia intelectual. Pero les responderemos que si el éxito de esta consiste aquí en cuestionar la demarcación convencional de otras disciplinas, ¿por qué habría de detenerse ante la suya propia?

David TEIRA SERRANO

ARAGÓN ALBILLOS, Santiago, *El Zoológico del Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Mariano de la Paz Graells (1809-1898), la Sociedad de Aclimatación y los animales útiles*, Madrid, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005, 235 pp, 44 figuras.

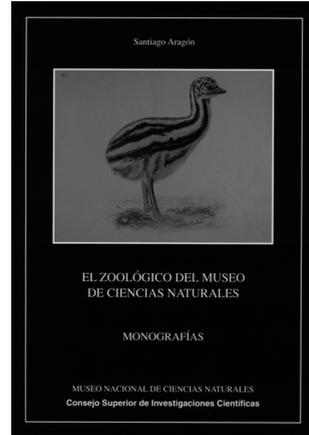
El desarrollo histórico de las Ciencias Naturales en España durante el siglo XIX ha sido objeto de varios estudios en las últimas décadas. En conjunto, estos trabajos contribuyen a aportar una visión muy completa que permite identificar tanto el proceso de institucionalización de la Biología y la Geología decimonónica a nivel estatal, como las prácticas científicas, actividades docentes y posicionamiento con relación a la teoría de la evolución, llevadas a cabo por los naturalistas españoles, tanto en el capital como en la periferia. En este sentido, el libro de Santiago Aragón supone un valor añadido a este repertorio de contribuciones, al centrarse en un capítulo inédito de la historia de la Zoología española que se encuadra dentro del diseño de un proyecto internacional. El autor aporta nuevos datos que confirman la estrecha relación entre naturalistas españoles y franceses y de la importante influencia de la ciencia del país vecino en la configuración de la Biología y la Geología entre el núcleo de científicos que desarrollaron su labor en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid, en las décadas centrales del siglo XIX.

Partiendo de un análisis de la figura de Isidore Geoffroy Saint-Hilaire, promotor del programa de aclimatación de fauna útil, Aragón va describiendo en su libro sucesivamente y con excelente criterio histórico y científico, la creación y la dimensión internacional de la *Société Zoologique d'Aclimatisation*, el papel desempeñado por Mariano de la Paz Graells como delegado de la *Société* en Madrid, los miembros españoles que formaron parte de la *Société*, durante y tras la muerte de Isidore Saint-Hilaire, las experiencias de aclimatación ensayadas en España, para terminar con la historia del Jardín Zoológico de Aclimatación del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, desde que se estableció hasta su desmantelamiento.

El libro de Santiago Aragón constituye sin duda un modelo de estudio del contexto histórico en que tuvo lugar la fundación del Jardín Zoológico en un ámbito científico centralizado en el madrileño Museo de Ciencias Naturales. La utilización de documentos inéditos conservados en el archivo de dicha institución científica, completado fuentes francesas, le ha permitido completar una valiosa obra de historia de la biología española decimonónica.

Por poner un pero, aunque sea meramente anecdótico, hay que decir que el autor se ve arrastrado a un error cuando mantiene que el viaje de formación de Juan Vilanova y Piera a Europa se inició en 1846. La equivocación procede de una carta de Isidore Saint-Hilaire a Graells, en la que comenta la llegada ese año de Vilanova a París. Hay que decir que gracias a Isidore, quien invitó a Vilanova a las reuniones científicas que tenían lugar en su casa y le proporcionó cartas de presentación para los profesores del *Muséum d'Histoire Naturelle*, el naturalista español entró en contacto con entomólogos y geólogos franceses. El viaje por Europa de Vilanova, que fue promovido por Graells, se inició tras la R.O. de 12 de octubre de 1849, en la que se le comisionó para que pasase a París y posteriormente a Freiberg (Sajonia), para instruirse en Geología y Paleontología. En 1846 Vilanova continuaba en Valencia terminando su licenciatura universitaria, pasando al año siguiente a Madrid para opositar a la cátedra de Zoología, y dos años después a la de Historia Natural de Oviedo.

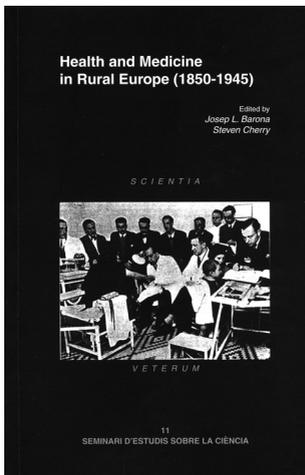
En cualquier caso, el asunto de las fechas de este viaje, al ser una cuestión muy colateral en el contenido fundamental del libro, es completamente irrelevante ante el excelente trabajo realizado por Aragón,



quien nos proporciona con su trabajo una extraordinaria información sobre el desarrollo institucional y las relaciones internacionales de las ciencias naturales españolas durante la época isabelina.

Francisco PELAYO

BARONA, Josep L.; CHERRY, Steven (eds.), *Health and Medicine in Rural Europe (1850-1945)*, València, Seminari d'Estudis sobre la Ciència, 2005, ISBN: 84-370-6334-5.



Como nos tiene acostumbrados, la colección valenciana *Seminari d'Estudis sobre la Ciència* ha puesto a nuestra disposición una nueva monografía, que, como se nos indica en el prólogo, es uno de los frutos de la colaboración científica mantenida desde 1994 entre profesores de la Universidad británica de East Anglia y de la de Valencia, y, muy especialmente, del giro temático registrado en el 2002. En ese año, los investigadores de ambas universidades decidieron convertir a *la Salud y la Medicina Rural* en el eje de su cooperación científica. A dicho tema, por tanto, se consagró su siguiente coloquio, celebrado en el otoño de 2003 en la Universidad de East Anglia. A la vista del buen resultado alcanzado en dicho coloquio, se optó por mantener el tema para la siguiente reunión de noviembre de 2004, que se llevó a cabo en esta ocasión en la Universidad de Valencia. A ella fueron invitados también investigadores de la Universidad noruega de Bergen y de las Universidades españolas de Alicante y de las Islas Baleares. La colaboración ha continuado y ha dado lugar a la presentación de una mesa temática en la reunión de la EAHMH, que tuvo lugar en París en septiembre de 2005, a la

celebración de un encuentro en Bergen en el año 2006 y a la publicación del presente volumen.

El texto, editado íntegramente en inglés, se hace eco de la importancia otorgada por la nueva historia social de la Medicina al análisis del papel representado por los distintos actores (incluidos los sanadores no entrenados académicamente) en el proceso de medicalización, y, mediante el estudio de casos, nos aproxima a lo ocurrido en varios escenarios rurales de Gran Bretaña, Noruega, Rusia, Baviera y España (Cataluña, Valencia, Alicante y Mallorca). Los diecisiete trabajos de que consta el volumen, están agrupados en dos partes de desigual tamaño, bajo los epígrafes «Políticas de Salud Pública» y «Práctica médica».

La primera de ellas, compuesta de seis capítulos, se inicia con la interesante aportación de S. Cherry sobre la Medicina y la asistencia médica en el medio rural en la Europa del siglo XIX, que incluye además un buen encuadre del tema desde el punto de vista conceptual e historiográfico. A continuación, en un atinado trabajo, J. L. Barona, J. Bernabeu y E. Perdiguero nos aproximan a la situación sanitaria de la España rural y a las políticas públicas desplegadas entre 1854 y 1936. En el tercer capítulo, F. King nos presenta cuál fue la situación generada en la asistencia médica rural en Rusia desde el establecimiento del sistema Zemstvo hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial, mostrando la falta de recursos inicial y su posterior desarrollo. Seguidamente, en un sugerente trabajo, A. Andersen y T. Ryymín dan cuenta del proceso de modernización sanitaria registrado en el ámbito rural de Noruega entre 1860 y 1912, años de las dos principales leyes sanitarias que permitieron la institucionalización de la Salud Pública y el establecimiento de un sistema público

de servicios médicos, que facilitó el acceso rural a la medicina. Como nos muestran los autores, todo ello fue posible por el cambio registrado en la manera de entender el medio rural frente al urbano con el cambio de siglo. En el capítulo quinto, J. L. Barona analiza detalladamente el trabajo preparatorio y la Conferencia europea sobre salud rural celebrada en Ginebra en 1931, poniendo de relieve el importante papel que en ella desempeñaron la delegación y el Gobierno español, así como que dicha conferencia reforzó la importancia del experto internacional, determinó la orientación de campañas específicas y promovió un particular modelo de asistencia médica en el medio rural que tuvo gran influencia en los gobiernos españoles republicanos. La primera parte se cierra con el estudio comparativo de A. Andresen sobre la interacción registrada entre las culturas médica y rural en España, Noruega y Rusia entre 1860 y 1910, mostrándose la importancia que poseen los distintos sistemas políticos y los grados de democracia para explicar las diferentes realizaciones en el tema de la salud rural.

La segunda parte comienza con el capítulo que S. Cherry dedica a mostrar la situación de los médicos generales (GPs), de los servicios médicos y de los hospitales en la región inglesa de East Anglia entre 1800 y 1948. El autor refleja bien el lugar que ocupaban los GPs en el medio rural decimonónico, marcado por la escasez de profesionales de la Medicina y por la necesidad de reinventar los hospitales rurales, en los que los GPs tuvieron un gran protagonismo, que se vio reducido con la instauración del NHS en 1945. A continuación, Carmen Barona da cuenta del rol desempeñado por los médicos rurales en la sociedad valenciana desde la instauración de la asistencia médica domiciliaria con la Ley General de Sanidad de 1855 hasta el inicio de la Guerra Civil en 1936, poniendo de relieve las imperfecciones y dificultades iniciales y los importantes cambios registrados durante la II República. Interesantes y complementarios son los capítulos noveno y décimo, consagrados ambos al análisis del género de las Topografías Médicas. Primeramente, M^a José Báguena, tras exponer los antecedentes y el origen de este género, efectúa un cuidadoso examen de las Topografías Médicas dedicadas a las localidades valencianas y muestra cómo la teoría miasmática incorporó el descubrimiento de los microorganismos y cómo los médicos asumieron las prácticas diagnósticas, profilácticas y terapéuticas microbianas en su trabajo diario. Seguidamente, I. Farr, tras enmarcar el contexto y el origen de la Topografía Médica realizada en Baviera en 1858 por encargo del Ministro del Interior a 284 médicos de distrito (urbanos y rurales), analiza exhaustivamente su contenido. A través de ello lleva a cabo un análisis del medio rural de la época, mostrando la elevada mortalidad infantil en dicho medio (muy superior a la de nuestro país) y la escasa medicalización de la Baviera rural.

En los dos capítulos siguientes se aborda la desaparición de la malaria. En primer lugar, T. Williamson centra su discurso en mostrar cómo la desaparición de la malaria en East Anglia Fens a lo largo del siglo XIX fue un proceso complejo dependiente no sólo de la mejora y aumento del drenaje de las tierras de esa zona, sino también y sobre todo del cambio operado en su uso, dedicado mayoritariamente al cultivo en vez de a pastos. A continuación, en un exhaustivo y correcto trabajo, E. Perdiguero da cuenta de la campaña antimalaria desarrollada en Alicante a lo largo del siglo XX, subrayando que dicha campaña fue la primera intervención en materia de salud llevada a cabo en España con criterios epidemiológicos, por personal entrenado y con financiación pública, y poniendo de relieve los cambios introducidos tras la Guerra Civil hasta su erradicación a principios de los años sesenta. En el capítulo trece, J. Bernabeu analiza la labor desarrollada en los primeros años del siglo XX por la Academia de Higiene de Cataluña, institución que aún no ha sido estudiada en profundidad y que desde sus primeros años de existencia prestó especial atención a los problemas de higiene rural. Concretamente, el interesante trabajo de Bernabeu examina la encuesta que la citada Academia realizó a los médicos en 1903 con la finalidad de conocer el estado de salud de la población catalana, sus principales problemas sanitarios y las reformas que habría que adoptar para corregir la situación. El resultado de dicha encuesta, que incluyó medidas impregnadas por el discurso regeneracionista y que eran útiles instrumentos para favorecer la cohesión social y política,

fue presentado al Primer Congreso de Higiene de Cataluña de 1906. Seguidamente, en una sugerente aportación, Isabel Moll se ocupa de las redes de cuidado sanitario en la Mallorca rural de los siglos XVIII al XX, distinguiendo dos redes distintas: la profesional, constituida por médicos y farmacéuticos, y la no profesional, integrada por grupos religiosos femeninos. En opinión de Isabel Moll, en la línea de los trabajos de Isabelle von Bueltzingsloewen¹, y a falta de realizar un número mayor de investigaciones que permitan corroborarlo, esta última red debe ser considerada como parte del sistema de salud pública en el ámbito rural. En el capítulo quince B. Lindsay traza la historia del Hospital Jenny Lind (Norwich) para niños enfermos, apuntando las peculiaridades de los hospitales infantiles y las dificultades que rodearon su surgimiento en Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XIX. En el siguiente capítulo, en un cuidado trabajo, E. Perdiguero y J. Bernabeu se ocupan del surgimiento y la actividad desarrollada por la institución «Gota de Leche» en Alicante entre 1925 y 1939, dando cuenta del éxito alcanzado por esta importante iniciativa y de cómo dicho éxito se convirtió en una amenaza para su supervivencia. El último capítulo de esta segunda parte y final de la obra está reservado a la inclusión de una actualizada y útil selección bibliográfica sobre la temática abordada en el volumen que estamos reseñando.

A la vista de lo comentado, cabe felicitar a los editores y autores de la monografía reseñada por brindarnos la oportunidad de poder disponer de este conjunto de trabajos reunidos en un único volumen, que se ha beneficiado de la experiencia previa de los autores y del buen hacer desplegado para confeccionar sus aportaciones a este libro. La calidad de la obra no se ve empañada por los pequeños errores de edición, como la mínima diferencia entre el título del capítulo quince que figura en el índice y el incluido al inicio del capítulo, ni por la ausencia de la nota 2 y los cambios en el contenido de las notas 3, 4 y 5 del primer capítulo.

En mi opinión, iniciativas como ésta, que mantengan la perspectiva comparativa, deberían proseguirse y ampliarse el estudio a otros escenarios rurales de Europa (incluyendo también otros puntos de nuestro país) aún no analizados. De esta manera, como solicita S. Cherry en el capítulo primero del libro, se podría contar con un número mayor de casos y de radiografías de las distintas situaciones, que contribuirían a mejorar nuestro conocimiento sobre las culturas locales y médica, así como sobre la interacción producida entre médicos, pacientes, sanadores no formados académicamente y todas las otras instancias involucradas en la asistencia sanitaria.

María Isabel PORRAS GALLO

¹ Sobre el papel de la Iglesia en la medicalización, puede consultarse: Isabelle von Bueltzingsloewen (1995), «Confessionnalisation et médicalisation des soins aux malades aux XIX s.», *RHMC*, 43, PP. 632-652; Isabelle von Bueltzingsloewen (1996), «Femmes soignantes (XVIIIe-XXe siècle)», *Bulletin du Centre Pierre Leon*, 2/3; y Isabelle von Bueltzingsloewen; Denis Pelletier (eds.) (1999), *La charité en pratique: Chrétiens français et allemands sur le terrain social: XIXe-XXe siècles*, Strasbourg, Presses universitaires.

SUÁREZ FINDLAY, Eileen J., *Imposing Decency. The politics of Sexuality and Race in Puerto Rico, 1870-1920*. Durham and London, Duke University Press, 1999.

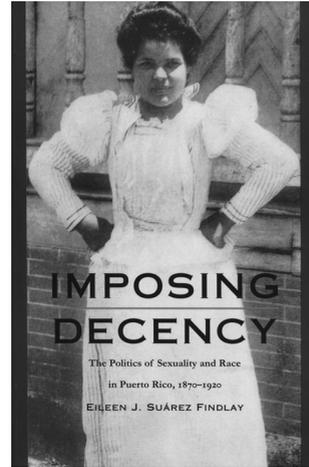
BRIGGS, Laura, *Race, Sex, Science, and U.S. Imperialism in Puerto Rico*. Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press, 2002.

Voy a presentar dos libros que considero especialmente interesantes. Son obras que presentan nuevas formas, nuevos caminos para analizar tanto el colonialismo del siglo XIX como la expansión imperialista norteamericana del XX. Esta nueva vía incluye la aproximación social a través del estudio de la construcción racial, la construcción de género, fundamentalmente, claro, la de la mujer, y la importancia de la sexualidad y su papel en la reproducción y en la prostitución. Ambos demuestran la imbricación de política, economía, raza y sexo en la construcción de una imagen de «los inferiores», a quienes se debe ayudar y salvar por medio de la transmisión de nuestras formas de relación y nuestra cultura superior.

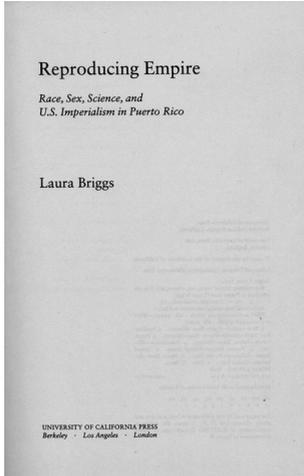
El libro de Eileen J. Suárez Findlay se centra en el siglo XIX hasta los años veinte del siglo XX. La autora utiliza abundante documentación de archivo y también información oral, y estudia fundamentalmente la zona de cultura azucarera, la costa y, más que nada la ciudad de Ponce. Pero considera que su estudio es representativo, por lo menos, de un importante sector de la sociedad portorriqueña. Por su experiencia del tiempo en que vivió

en Puerto Rico, señala que las gentes de clase media y alta decían que la raza no era un elemento importante en su sociedad, pero que sus amigos y vecinos, gentes integradas en la realidad de la herencia africana, insistían en que la raza había marcado profundamente a todos los portorriqueños, a pesar de todas las diferencias que pudiera haber entre la isla y la metrópoli del Norte. Y considera que los historiadores no se han preocupado suficientemente de las dimensiones privadas de la realidad, como el matrimonio, las prácticas sexuales, los conflictos familiares y las concepciones de la moralidad, respetabilidad y honor. En su investigación, dice haber encontrado que las prácticas y normas sexuales y las identidades raciales cambiantes se habían modelado mutuamente de forma indeleble. Y que, por otra parte, habían sido centrales para la política del país a finales del siglo XIX y comienzos de XX: intentos de reforma moral cargados de «racialismo», conflictos sobre la legitimidad de normas y prácticas sexuales, discursos cargados de «racialidad» sobre la respetabilidad y el honor, así como el silencio estratégico sobre las diferencias raciales que fueron muy frecuentemente la clave de la articulación de movimientos sociales o de las agendas políticas, de las estrategias de intervención estatal, de la construcción de identidades colectivas locales así como de la hegemonía colonial. He de decir que «racialización» y sus derivados son términos que no existen en castellano, pero que tienen una clara definición en inglés: Racialization: racialize; racialized; racializing; racializes se definen como: 1.-a.- Diferenciar o categorizar según la raza. b.- Imponer un carácter racial a un contexto; 2.- Percibir o experimentar en términos raciales. Como ejemplo: «It is impossible to be an American and not racialize how you feel» Así aparece en *The American Heritage Dictionary of the English Language*. 4ª Ed., 2000. Creo que la existencia de estos términos es significativa y denota la importancia de la raza en esa lengua y por lo tanto para la sociedad que la utiliza.

El libro es extremadamente interesante, analiza todos estos complejos factores raciales, sexuales y morales en profundidad y con detalle, y merece la pena realizar una lectura cuidadosa de su



texto porque sus aportaciones son muy útiles para comprender los mecanismos de utilización de esos elementos de sexualidad, familia, moral y raza, no sólo para crear identidades sino realmente para desarrollar las políticas coloniales y de dominio.



El libro de Laura Briggs es muy explícito ya en su título: raza, sexo, ciencia y el imperialismo estadounidense en Puerto Rico. Es el complemento temporal perfecto del libro de Suárez Findlay, pues abarca desde los años veinte del siglo pasado hasta las políticas de esterilizaciones de los años setenta, con el «Moynihan Report» referido a la estructura matriarcal de los negros y su influencia en su fracaso en la sociedad. Dice la autora que, si queremos comprender las formas de desarrollo de la globalización, debemos analizar y comprender cómo se desarrollaron los modelos tempranos del colonialismo. Y especialmente los que serían los buenos efectos del colonialismo: cambios en las formas de la familia, en los derechos de la mujeres y en la ciencia y la medicina. El libro analiza, con escepticismo, como se promovieron muchos de estos aspectos como beneficios sociales, y examina e intenta desvelar las políticas que existían por debajo de estos hechos, políticas muchas veces claramente a la vista. Otro libro que, aunque centrado en Puerto Rico, nos permite observar un análisis en profundidad de las complejas relaciones de una metrópoli con las zonas relacionadas, colonias modernas, y las manipulaciones de esos factores repetidamente

mencionados, raza, género, sexo, pobreza, etc. que se integran, son parte importante de las políticas no sólo sociales, sino económicas. El caso de Puerto Rico es especialmente complicado, como puede suponerse, pero eso mismo hace que se enriquezca el análisis de las intrincadas relaciones de dependencia entre países poderosos y países dependientes y de cómo juegan en esas relaciones los factores raciales, familiares y sexuales, y por ello, la medicina y la ciencia.

Ambos son libros altamente recomendables. Y ambos tienen la típica y útil presentación de los libros de las universidades norteamericanas, con bibliografía y un índice siempre necesario.

Raquel ÁLVAREZ PELÁEZ

CUETO, Marcos y ZAMORA, Víctor (eds.), *Historia, Salud y Globalización*, Lima, IEP-Universidad Peruana Cayetano Heredia, 2006, 240 pp.

¿Cuál es la relación entre globalización y salud? ¿Cuál es el impacto de la globalización en el manejo de la salud internacional? ¿Cómo se percibe el fenómeno de la globalización entre las autoridades médicas y sanitarias? Estas son algunas de las preguntas que Marcos Cueto y Víctor Zamora intentan responder en *Historia, Salud y Globalización*, libro que reúne una serie de artículos dedicados a analizar los efectos de la globalización en salud.

En el primer capítulo Marcos Cueto describe los orígenes de una de las más importantes iniciativas en salud: la Atención Primaria de la Salud, iniciativa que surgió a principios de la década de 1970 como una respuesta a los modelos de salud entonces dominantes, tales como las campañas verticales de erradicación de enfermedades que enfatizaban estructuras centralizadas de salud y el uso de tecnologías sofisticadas. La Atención Primaria de la Salud, por el contrario, promovía un

mayor acceso a los servicios básicos de salud y el uso de trabajadores de salud provenientes de las mismas comunidades, incluyendo shamanes y parteras. El artículo de Cueto muestra asimismo las dificultades que existieron a nivel global para implementar dichos cambios, en particular la resistencia de los médicos, la falta de compromisos políticos reales para implementar dichos cambios y la poca claridad de las organizaciones internacionales de salud que llevaron al surgimiento de una versión más restringida de la APS, la Atención Primaria Selectiva de Salud.

En el segundo capítulo Víctor Zamora analiza la relación entre los cambios sociales y económicos ocurridos con la 'globalización' y las 'enfermedades emergentes' (término utilizado para las enfermedades infecciosas cuya incidencia aumentó de manera notable en las dos últimas décadas del siglo XX). De acuerdo al autor el incremento del turismo y comercio internacional, movimientos migratorios masivos, el uso indiscriminado de antibióticos y el debilitamiento de los sistemas nacionales de salud pública en la lucha contra las enfermedades infecciosas han sido causas principales de la re-emergencia del dengue, la malaria, la tuberculosis y el VIH-SIDA, enfermedades cuyo carácter 'global' obliga a la creación de nuevas estrategias de salud pública internacional. Es justamente el origen del término 'salud global', en oposición a 'salud internacional', el tema del tercer capítulo escrito por Marcos Cueto, Elizabeth Fee y Theodore Brown. De acuerdo a los autores el cada vez más recurrente uso del término 'salud global' no es meramente una moda lingüística sino un reflejo de la percepción que existe en la comunidad académica, médica y sanitaria sobre los profundos cambios que han ocurrido en las últimas décadas en materia de salud, tales como la aparición del bio-terrorismo y el debilitamiento de los estados-nacionales, cambios que no son propiamente capturados por el tradicional término de 'salud internacional'. En dicho artículo los autores también muestran la importancia de la Organización Mundial de la Salud en la construcción y popularización de la idea de una 'salud global'.



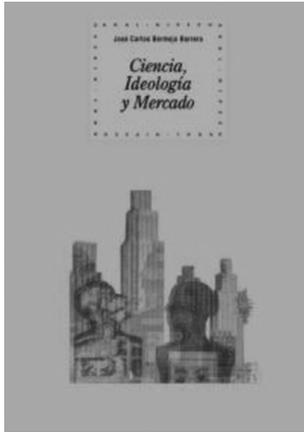
En el cuarto capítulo Jennifer Ruger explora la transformación del Banco Mundial de una agencia de inversión en infraestructura física al principal proveedor de fondos de salud en el mundo y uno de los principales actores en salud global. De acuerdo a la autora el interés del Banco Mundial en salud se inició en la década de 1970 como una respuesta a la emergente noción que el desarrollo económico de una nación dependía en gran medida de su capital humano y bajo la idea de que el control de enfermedades y epidemias contribuirían a acelerar el crecimiento económico de los países en desarrollo. En este contexto la salud no es vindicada únicamente como un derecho básico sino como un indicador de pobreza o desarrollo. Finalmente, en el último capítulo, Víctor Zamora analiza las percepciones de las principales autoridades de la salud pública peruana con respecto a la globalización. Aunque encuentra una gran preocupación por los efectos de la globalización, Zamora también descubre la ambigüedad y poca claridad que existe con respecto al significado de la globalización y el escaso interés que ha existido por desarrollar estrategias para confrontar los nuevos retos impuestos por la globalización.

El libro de Cueto y Zamora resulta indispensable por dos razones principales: ofrece una reflexión sobre el significado de la globalización y su impacto en salud desde América Latina; y rescata actores históricos que tuvieron una influencia central en el desarrollo de la salud global y que han sido muy poco estudiados tales como Robert Mc Namara del Banco Mundial, Halfdan Mahler de la Organización Mundial de la Salud y el peruano David Tejada de Rivero. Es además un trabajo que permite apreciar los factores políticos y sociales involucrados en el desarrollo e implementación de las políti-

cas globales de salud. Aunque muchos de los capítulos han aparecido antes como artículos en revistas especializadas, lo cual le quita cierta novedad al texto, *Historia, Salud y Globalización* es ciertamente un aporte importante para la historiografía de la salud en América Latina.

Jorge LOSSIO

BERMEJO BERRERA, José C., *Ciencia, Ideología y Mercado*, Akal, Madrid, 2006, 80 pp.



Estamos acostumbrados a escuchar reflexiones sobre la situación de la ciencia a través de las gargantas interesadas de los políticos o desde los sillones acomodados de los diferentes cargos subalternos de cualquier administración. Cualquiera de ellos suele recurrir a un mundo *panglossiano* donde la ciencia es un mundo ideal, apolítico, objetivo, de donde parte el futuro de Occidente y en el que los problemas son menores o incluso que no existen. Cuestiones como la fuga de cerebros, la relación con la sociedad o el funcionamiento caciquil y endogámico de las universidades nunca son objeto de reflexión; todo se reduce a la utilización de una metanarración donde juegan un papel determinante términos como innovación, I+D, emprendimiento, progreso, patrimonio, etc. En ese sentido, recientemente he podido escuchar en un foro público por un cargo medio de una administración que en los próximos años ningún investigador se quedará «sin una oportunidad». Escuchar perlas como esa hace todavía más profunda la brecha existente entre el mundo real y el oficial de la ciencia. Así mientras unos mastican a dos carrillos las

excelencias de la investigación otros sufren las consecuencias de no ser más que mano de obra barata para contribuir a los grandes datos que muestran los políticos. De esta forma, la división de clases en la ciencia cada vez es más evidente entre unos pocos instalados y todo un ejército de investigadores despreciados, mal pagados y obviados por ese mundo oficial tan idílico. De esta forma se entienden las diferentes protestas de los llamados precarios (www.precarios.org) y los diversos manifiestos y desánimos de muchos investigadores con cierta edad a los que les sigue siendo negado todo, tanto a nivel de plazas y contratos como en relación a la mínima ayuda en las diferentes convocatorias públicas de proyectos, estancias, etc., en las que no existen para nada. Lo peor de todo es que lentamente ese ejército de investigadores desheredados se dan cuenta que no necesitan para nada a ese mundo oficial, puesto que prefieren quedarse con su dignidad que seguir siendo explotados y utilizados por el mundo oficial, que sí que los necesita y mucho, sobre todo para hinchar las diferentes estadísticas de publicaciones, artículos, estancias, etc.

Dejando de lado toda la parte reivindicativa de los investigadores explotados y su situación, es muy inusual encontrarse con críticas a la ciencia oficial desde dentro, es decir, desde la excelencia de un catedrático de universidad totalmente instalado y que forma parte regularmente de comités, proyectos, tesis, libros y publicaciones en las revistas más prestigiosas a nivel mundial. El libro *Ciencia, ideología y mercado* del profesor Bermejo¹ responde a estas características y aporta una feroz crítica

¹ Que en el mismo año ha editado también BERMEJO, José C., *Sobre la historia considerada como poesía*, Akal, Madrid, 2006.

tanto a la ciencia en sí como a su relación con la sociedad. El libro debiera ser de obligada lectura para todo ese político que habla de la ciencia desde las comodidades del coche oficial con el objetivo de que se enterase, si es capaz de leerlo, de cómo es el mundo de la ciencia por dentro.

Dentro de las grandes virtudes del libro está la de establecer una relación muy directa entre la ciencia actual y el ultraliberalismo de mercado (lo que algunos vulgarmente llaman neoliberalismo) con lo que establece un puente que han querido evitar la mayoría de los políticos y de los investigadores. Y ya sólo por la denuncia de esa relación y por el atrevimiento a revelarla ya está justificada la edición de este trabajo. Los hilos que vinculan la actual ciencia con el llamado pensamiento único aparecen totalmente explicitados en el libro de Bermejo, quien explica que la creencia conocimiento científico forma parte de ese pensamiento único liberal nacido al amparo de las políticas liberales desde los años 80. «La implantación del pensamiento único y la ideología neoliberal posee un claro sentido conservador y, como es lógico en este tipo de pensamiento, lleva consigo una cierta postura panglossiana, de acuerdo con la cual vivimos en el mejor de los mundos posibles», escribe Bermejo, quien explica que los científicos no son conscientes de las limitaciones del propio pensamiento científico ya que piensan que todo lo que es posible ya se ha hecho efectivo o real. Esto lleva, evidentemente, a que estos científicos se identifiquen con el sistema político y económico vigente.

Una vez aclarado el marco histórico-político del libro, pasemos a pormenorizar su contenido conceptual y su estrategia explicativa. En este sentido es totalmente sugestivo el enfoque y las fuentes que utiliza el profesor Bermejo para la elaboración de los tres capítulos del libro. Nos encontramos ante una mente totalmente privilegiada que tanto recurre a filósofos o sociólogos de la ciencia como Kuhn o Bourdieu, que los usa complementariamente y no en oposición, como a cuestiones de ciencia pura, de historia de las ideas, de filosofía, de historia, de política, de filosofía política y de historia inmediata, en un orden y con una jerarquía que llevan a un análisis totalmente excepcional. El libro está dividido en tres capítulos en los cuales se encuentran críticas valientes, audaces e inusuales en un profesor insertado en el sistema académico. De tal forma, podemos encontrar en la publicación las fáciles relaciones que establecen los políticos y muchos científicos entre dinero y conocimiento, la utilización interesada de nuestro legado cultural con el alzamiento hasta límites todavía no conocidos de la palabra patrimonio (que ha sustituido a cultura, civilización, etc.) y una denuncia metodológica muy pertinente como es la necesidad del estudio conjunto del espacio y el tiempo, donde podemos leer una estimulante crítica a la tesis de los tres tiempos *braudelianos*, teoría que se ha acabado por apagar de tanto interés en sacarle brillo.

La clave de todo esto es la idea de que las funciones de investigación y docencia deben de estar regidas por la idea de rentabilidad y por la de capacidad de innovación tecnológica, donde la transferencia tecnológica a la sociedad (es decir la capacidad de crear empresas por parte de los grupos de investigación) acabaría sustituyendo a la idea misma de ciencia. Esto daría lugar a una defensa, quizá inconsciente, de la ideología de mercado neoliberal y la autojustificación de la formación de determinadas comunidades científicas. Sólo así es entendible la situación actual de la ciencia donde la Universidad produce la mayoría del conocimiento científico gracias a su financiación por parte del Estado, y cómo a pesar de ser así, la Universidad y el Estado tienen que pagar dos veces la producción de ese conocimiento: una, cuando se elabora en los departamentos y otra cuando compra las revistas en las que son publicados los resultados de las diferentes investigaciones. ¿Qué significa esto? Que las Universidades no reúnen la suficiente excelencia para publicar los resultados de sus investigaciones y lo que es peor, tienen que prestar sus investigadores a los diferentes editores de revistas para que ejerzan de supuestos «referees», al igual que sus investigaciones y los nombres de las Universidades, etc. Esta privatización del conocimiento y su consiguiente funcionamiento es una de las grandes carencias de la ciencia natural moderna, como han denunciado algunos autores como Claudio Canaparo², quien ha

² CANAPARO, Claudio, *Ciencia y escritura. Una historia retórica e intelectual de Nature 1869-1999. La Nature-lización del pensamiento científico*, Zibaldone, Buenos Aires, 2003.

demostrado en un amplio trabajo cómo los grandes grupos editoriales de revistas científicas llegan a condicionar el tipo de ciencia que se escribe y las líneas de investigación prioritarias, es decir, la relación entre ciencia, mercado y universidad, que denuncia el profesor Bermejo. «La existencia de la propia institución académica y de las comunidades científicas favorecen la producción del conocimiento científico. Sin embargo, también la impide, en tanto que ambas instituciones exigen la adaptación a unos patrones de conducta y a unas formas de expresión y de pensamiento que pueden estar, o no, dictadas por la naturaleza del objeto que se estudia», señala Bermejo, que subraya la idea de que la comunidad científica somete sus intereses a las empresas o a aquellos organismos públicos encargados de la financiación de la investigación, aunque a pesar de todo esto no es imposible establecer una correlación entre conocimiento y dinero porque el primero, a pesar de los evaluadores, no es cuantificable y el segundo sí lo es³.

En cuanto a la cuestión del patrimonio, Bermejo denuncia los excesos realizados en favor de esa palabra y cómo se ha reducido todo lo relacionado con lo cultural, el turismo, etc., a ese término, que a la vez ha ayudado a la sustitución de la idea de hombres ciudadanos por la de hombres consumidores tan defendida por el liberalismo de mercado radical. El resultado de todo ello es la conformación de la «historia basura», que podemos detectar en cientos de exposiciones, excavaciones y creaciones culturales relacionadas con el patrimonio.

En definitiva, tal y como señala Bermejo la ciencia debe estar regida por criterios de tipo político y moral así como por la búsqueda del propio conocimiento, que es un valor en sí, y eso es lo que han intentado sustituir todos estos tecnócratas y científicos, quienes han intentado sustituir conocimiento por dinero y ciencia por mercado con un éxito notable, y logrando formar parte de esa gran religión que es la del pensamiento único, en la que aunque no se crea se puede formar parte de ella como miembro de un grupo de investigación insertado en una comunidad científica. ¿Alguien antes se había atrevido a denunciarlo de forma tan clara?

Israel SANMARTÍN

³ El profesor Bermejo ha complementado posteriormente estas reflexiones con nuevos trabajos que se pueden seguir en la página para la defensa de la Universidad Pública: <http://firgoa.usc.es>.